

LOS APOYOS SOCIALES A LOS REGÍMENES FASCISTAS Y TOTALITARIOS DE LA EUROPA DE ENTREGUERRAS. UN ESTUDIO COMPARADO

Author(s): Francisco Cobo Romero

Source: *Historia Social*, No. 71 (2011), pp. 60-87

Published by: [Fundacion Instituto de Historia Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/23228551>

Accessed: 09-01-2016 04:07 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Fundacion Instituto de Historia Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Historia Social*.

<http://www.jstor.org>



Dossier

LOS APOYOS SOCIALES AL FRANQUISMO EN PERSPECTIVA COMPARADA

Francisco Cobo y Miguel Ángel del Arco (coords.)

LOS APOYOS SOCIALES A LOS REGÍMENES FASCISTAS Y TOTALITARIOS DE LA EUROPA DE ENTREGUERRAS. UN ESTUDIO COMPARADO

Francisco Cobo Romero

I. REFLEXIONES INTRODUCTORIAS

EL afán de los historiadores por entender las distintas maneras con que los ciudadanos resistieron o asumieron la dominación de los Estados totalitarios, fascistas o fascistizados de la Europa de entreguerras se ha unido recientemente al interés por las formas que revistieron sus opiniones, actitudes y comportamientos frente a las propuestas ideológicas, de transformación social o de profunda regeneración nacional difundidas desde aquellos mismos regímenes políticos.¹ En los últimos años nuestros conocimientos en torno a tan de-

¹ Véanse, entre otras, las siguientes aportaciones: António Costa Pinto (ed.), *Rethinking the Nature of Fascism. Comparative Perspectives*, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, 2011; Emilio Gentile, *Contro Cesare. Cristianesimo e Totalitarismo nell'epoca dei Fascismi*, Feltrinelli, Milán, 2010; Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009; Paul Corner (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford University Press, Oxford, 2009; Irina Paperno, *Stories of the Soviet Experience. Memoirs, Diaries, Dreams*, Cornell University Press, Londres, 2009; Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge Mass. & Londres, 2008; Ian Kershaw, *Hitler, the Germans, and the Final Solution*, Yale University Press, New Haven & Londres, 2008; Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries. How the Nazis Bought the German People*, Verso, Londres, 2007 (edición original en alemán: *Hitlers Volksstaat*.

Historia Social, n.º 71, 2011, pp. 61-87.

cisivas cuestiones han experimentado un indiscutible avance. Dicho avance ha de ser entendido como una de las más importantes consecuencias del acelerado desgaste experimentado, desde la década de los sesenta del pasado siglo XX, por los paradigmas interpretativos clásicos aplicados al desentrañamiento y la caracterización de la naturaleza política del totalitarismo o el fascismo.² El estudio de las actitudes sociales y la opinión popular en los experimentos políticos totalitarios o fascistas se ha convertido, con demasiada frecuencia, en una tarea resbaladiza, vaporosa e inasequible, sobre todo por el hermetismo, la opacidad y la precariedad de las exiguas fuentes archivísticas consultables. Sin embargo, tan embarazoso reto siempre ha suscitado una sincera preocupación entre los historiadores, pues resulta cuando menos estimulante acceder a una comprensión más precisa acerca de cuáles fueron las circunstancias que permitieron a tales regímenes disfrutar de un consentimiento más o menos generalizado entre amplios espectros de las respectivas sociedades sobre las que instalaron su dominio, o cuáles fueron los instrumentos que los capacitaron para abortar o desactivar las expresiones de la disidencia, hasta diluirlas en un desagregado y difuso conglomerado de manifestaciones atomizadas, desestructuradas o individualizadas de inocuo malestar, decepción o hastío.

De antemano, es preciso adoptar algunas cautelas a la hora de efectuar la consulta de las fuentes archivísticas y los repertorios documentales disponibles para el análisis de las conductas sociales y las actitudes políticas de la población sometida a los mencionados regímenes. Resulta hartamente conocida la casi total ausencia de registros demoscópicos, análisis sociológicos, encuestas de opinión o recuentos electorales fiables que nos permitan una inicial aproximación al “estado de ánimo” prevaleciente entre la sociedad, o a las diferentes sensibilidades suscitadas entre la ciudadanía por las políticas implementadas desde aquellos sistemas de dominación. Las fuentes policiales efectúan una interpretación de los comportamientos sociales tamizada, al tiempo que severamente condicionada, por las inmensas expectativas depositadas por los órganos de gobierno de los regímenes totalitarios o fascistas sobre las fuerzas del orden.³

Son asimismo necesarias las invocaciones hacia el sumo cuidado con que deben manejarse términos y conceptualizaciones esenciales como “consenso”, “opinión pública” y

Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus, S. Fischer Verlage GmbH, Frankfurt am Main, 2005); David Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization. Ideas, Power, and Terror in Inter-war Russia*, Oxford University Press, Oxford, 2007; António Costa Pinto, Roger Eatwell y Stein Ugelvik Larsen (eds.), *Charisma and Fascism in Interwar Europe*, Routledge, Londres, 2007; Jochen Hellbeck, *Revolution on my Mind: Writing a Diary under Stalin*, Harvard University Press, Cambridge Mass., 2006; David D. Roberts, *The Totalitarian Experiment in Twentieth-Century Europe. Understanding the poverty of great politics*, Routledge, Nueva York & Londres, 2006; Roger Griffin (ed.), *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*, Routledge, Londres & Nueva York, 2005; y Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Routledge, Londres & Nueva York, 2000.

² David D. Roberts, *The Totalitarian Experiment*, pp. 6-17, 213-227, 279-296 y 346-349; Juan J. Linz, “Regímenes Totalitarios y Autoritarios”, en J.J. Linz, *Obras Escogidas*, vol. 3: *Sistemas Totalitarios y Regímenes Autoritarios*, edición a cargo de José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, pp. 65-286, especialmente las pp. 78-83; Juan J. Linz, “El espacio político y el Fascismo como movimiento tardío: las condiciones que condujeron al éxito o al fracaso del Fascismo como movimiento de masas en la Europa de entreguerras”, en J.J. Linz, *Obras Escogidas*, vol. 1: *Fascismo: Perspectivas históricas y comparadas*, edición a cargo de José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, pp. 105-146; Emilio Gentile, “The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 1 (2000), pp. 18-55, y “Fascism, Totalitarianism and Political Religion: Definitions and Critical Reflections on Criticism of an Interpretation”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 3 (2004), pp. 326-375.

³ Paul Corner, “Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?”, *The Journal of Modern History* (Contemporary Issues in Historical Perspective), 74 (2002), pp. 325-351, véanse las pp. 329-330.

“opinión popular” en el análisis de las conductas sociales a las que venimos refiriéndonos. La ausencia de órganos de prensa encargados de la difusión de planteamientos políticos, ideológicos o culturales antagónicos o disyuntivos, o de plataformas aptas para vehicular la libre exposición de las opiniones, impediría hablar de la existencia de una auténtica “opinión pública”. Asimismo, la inexistencia de una prensa libre o de protocolos socialmente legitimados para la regulación del debate público y la ordenada canalización de las controversias suscitadas entre la población por la diferenciada forma en que esta última percibía o padecía los efectos de la práctica política e institucional, descartarían cualquier posible atisbo de actitudes de auténtico “consenso”. Sobre todo si entendemos este último como el alcance de posiciones de acercamiento o acuerdo entre las agencias públicas y los poderes que se derivaría del diálogo entre los distintos actores socio-políticos, de la conformación de unas líneas de interpretación de la realidad social sostenidas colectivamente gracias a la acción de unos medios de comunicación libres, o de la reglamentada suscitación de propuestas y negociaciones entre la sociedad y el Estado.⁴

En términos generales, puede afirmarse que la omnipresente propagación de ampulosos postulados ideológicos y el persistente empleo de una variadísima gama de recursos propagandísticos que caracterizó a los regímenes totalitarios o fascistas de la Europa de entreguerras no impidió que, en las más íntimas manifestaciones de la consciencia personal, se gestasen permanentes contradicciones entre las formas particularizadas con las que los individuos interiorizaron las propuestas políticas de los Estados dictatoriales y las demandas y expectativas que esos mismos Estados proyectaban sobre el comportamiento público y privado de los ciudadanos y la sociedad.⁵ Junto a esto último, es preciso destacar que incluso en una situación de absoluta falta de libertades públicas o individuales, y bajo la espesa coraza policial y represora puesta en pie por los regímenes totalitarios o fascistas, siempre existieron espacios íntimos, recónditas esferas de sociabilidad o fugaces ámbitos de expresión y manifestación de opiniones individuales o colectivas en los que, pese a la asfixiante presencia de los delatores, los agentes del orden o los servicios de inteligencia, afloraron soterradamente las revelaciones del desacato o la disidencia provenientes del seno de la sociedad. Estas lábiles manifestaciones de disconformidad o reluctancia desataron un flujo informal de comunicación entre los Estados totalitarios o fascistas y esos otros ámbitos de la sociedad más impermeables a sus designios, o menos dispuestos a manifestar un sumiso acatamiento de los fundamentos ideológicos o programáticos propalados desde aquéllos. Gracias a esta suerte de negociación informal o velada, los regímenes totalitarios o fascistas redoblaron sus esfuerzos por ganarse el apoyo o la confianza de los más descreídos. Pese a todo, parece probado que, en una significativa proporción, las enfáticas declaraciones programáticas e ideológicas de los regímenes totalitarios o fascistas, comprometidas con la implantación de un orden político y social radicalmente transgresor de la experiencia liberal precedente, gozaron de las necesarias dosis de credibilidad entre numerosas capas de la población, lo cual les confirió un mínimo grado de estabilidad y perdurabilidad. Cabe considerar, pues, que una proporción nada desdeñable de la población sometida a los regímenes totalitarios o fascistas que analizaremos supo o pudo combinar, en ocasiones dificultosamente, el rechazo frente a determinadas prácticas represivas, o la ausencia absoluta de libertades, con la exhibición de difusos sentimientos de parcial identificación con los proyectos ultranacionalistas, palingenésicos y revolucionarios sostenidos por aquéllos, auxiliada por la esperanza depositada sobre la supuesta capacidad de esos mismos regímenes políticos para resolver adecuadamente los problemas generados

⁴ Gabriel Abraham Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations, an Analytic Study*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1963.

⁵ Paul Corner, “Introduction”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes*, pp. 1-13.

por una “experiencia liberal y parlamentaria” que fue ampliamente percibida como ineficaz y caduca.⁶

En consecuencia, se hace necesario establecer la existencia de una más o menos fluida comunicación entre los regímenes totalitarios y fascistas y las sociedades sobre las que aquéllos se instalaron, concibiendo ambos extremos de la ecuación como los contradictorios integrantes de una permanente dinámica de resolución de constantes y mutuas fricciones y desavenencias, y confiriendo tanto al Estado como a la sociedad la necesaria capacidad de articulación de pactos parciales, respuestas desagregadas e informales y resoluciones mediatizadas por los contextos específicos en los que se produjo la imposición de las propuestas totalitarias, fascistas o ampliamente fascistizadas. La dificultosa negociación en torno al reconocimiento de ámbitos de jerarquizada, reglamentada y supervisada comunicación entre el Estado totalitario y la sociedad se produjo en muchos casos en medio de una situación caracterizada por la exitosa impregnación de las directrices ideológicas emanadas del primero entre una abundante mayoría de la población sometida a sus propósitos, hasta lograr el acatamiento por parte de esta última de la expresión sustancial de los principios políticos o los proyectos de regeneración nacional contenidos en su proyecto totalizador.⁷

Por último, resulta absolutamente necesario considerar el alto grado de interiorización e íntima convicción con el que numerosos integrantes de la población sometida a los regímenes fascistas o totalitarios otorgaron plena credibilidad, en un sentido alentador y cargado de esperanzadoras expectativas, a una considerable porción de los preceptos ideológicos y a las premisas políticas sobre los que aquéllos instalaron su particular proyecto antiliberal y antiparlamentario.⁸

II. ESTADO Y SOCIEDAD EN LOS REGÍMENES FASCISTAS Y TOTALITARIOS DE ENTREGUERRAS. UN CONTROVERTIDO OBJETO DE ESTUDIO

LA ITALIA FASCISTA, 1926-1939

1. *La dictadura mussoliniana a la luz de los nuevos enfoques teóricos en torno al totalitarismo y el fascismo*

Desde la década de los sesenta del pasado siglo XX las diferentes perspectivas analíticas y las percepciones historiográficas ocupadas de diseccionar la naturaleza del régimen fascista mussoliniano y el respaldo social alcanzado por este último entre la población italiana han experimentado una constante y prolongada transformación. El impacto de la me-

⁶ Jan Plamper, “Beyond Binaries: Popular Opinion in Stalinism”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes*, pp. 64-80; Peter Fritzsche, *Rehearsals for fascism. Populism and political mobilization in Weimar Germany*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, pp. 109-138 y “Weimar Populism and National Socialism in Local Perspective”, en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics, and Social Change in Modern Germany. New Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 287-306; Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 2007, pp. 331-335; Rudy Koshar, *Social Life, Local Politics, and Nazism. Marburg, 1880-1935*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1986, pp. 150-166; William Brustein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925 to 1933*, Yale University Press, New Haven, 1996, pp. 89-109 y 113-119.

⁷ Detlev J. K. Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life*, Yale University Press, New Haven & Londres, 1987.

⁸ Peter Fritzsche y Jochen Hellbeck, “The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany”, en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism*, pp. 302-341.

moria antifascista, y la enorme relevancia alcanzada tras la Segunda Guerra Mundial por las expresiones “negativistas” o las teorizaciones del marxismo y el liberalismo, impidieron otorgar la debida importancia a la ideología fascista y a su intrínseca capacidad para estimular el surgimiento de un auténtico fenómeno de política de masas. Los principales teóricos del marxismo y del pensamiento liberal de los años cincuenta y sesenta o bien calificaron al fascismo de entreguerras como una honda expresión de irracionalismo que ocultaba las verdaderas pretensiones de dominación económica de una burguesía atrincherada tras la demagogia de sus vesánicos líderes, o bien menospreciaron la importancia de su específico programa ideológico. En cualquier caso lo consideraron una desviación bastarda de la perversa psicología de unas masas anómicas o una excrecencia ridícula de la modernidad, surgida de la supuesta “crisis moral” derivada del enfrentamiento entre el materialismo liberal o socialista y el idealismo ultranacionalista.⁹ Sin embargo, desde aquellos mismos años en que el fascismo italiano sentó las bases de su dominio político, toda una variopinta gama de intelectuales y líderes del movimiento obrero internacional se percató tanto de su rabiosa novedad organizativa y temperamental como de su sorprendente y versátil potencialidad mitógena y seductora. Fueron estos mismos intelectuales y políticos antifascistas quienes, sorprendidos ante su ingente ductilidad de “recién llegado”, comenzaron a entenderlo como un fenómeno absolutamente inédito de la política de masas, que intentaba resolver, mediante la apelación a un seductivo proyecto palingenésico de transformación totalitaria, las graves fracturas psicológicas, las severas frustraciones emocionales y las profundas confrontaciones ideológicas a las que se vio abocada la población europea del periodo de entreguerras.

Pese a todo lo anterior, hasta mediados de los años sesenta prevaleció, pues, una interpretación del fascismo que lo consideraba como una excrecencia espuria de la modernidad. Según la referida interpretación, el fascismo no dejaría de ser un fenómeno patológico derivado de la anomia sufrida por una sociedad de masas secularizada y desvertebrada, que habría permitido el ascenso brutal de una minoría de fanáticos desideologizados, aupados por el interés de las burguesías y las clases tradicionalmente dominantes en aplastar el peligro representado por las izquierdas y el comunismo. Hacia fines de la década de los sesenta, una nueva hornada de estudios sobre el fascismo italiano, quizás influida por las primeras apreciaciones vertidas por los intelectuales antifascistas de los años 20 y 30, comenzaba a reconocer que el éxito de aquel experimento político no radicaba únicamente en su demagogia o en la brutalidad desmesurada de su maquinaria represiva, sino en su capacidad para interpretar las aspiraciones y los deseos de amplios colectivos sociales, o en su destreza para edificar una visión mítica y sublimada de la Nación que colmaba las esperanzas y los anhelos de una auténtica multitud de individuos decepcionados con la democracia.¹⁰ Quizás fuese George L. Mosse¹¹ quien primero sentó las bases para una profunda remodelación de las interpretaciones sobre el fascismo europeo de entreguerras hasta entonces prevalecientes. Para él, el fascismo no era un fenómeno extraño a la más honda tradición de la política europea, sino una ideología innovadora y profundamente imbricada en la trayectoria experimentada por el creciente culto a la nación puesto en pie por las religiones cívicas y los regímenes liberales surgidos tras la Revolución Francesa. Junto a

⁹ A. James Gregor, *Interpretations of Fascism*, Transaction Publishers, New Brunswick & Londres, 1997.

¹⁰ Detlev J. Peukert, *The Weimar Republic. The Crisis of Classical Modernity*, Hill and Wang, Nueva York, 1992 (edición original en alemán: *Die Weimarer Republik: Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1987).

¹¹ George L. Mosse, *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions on Reality*, Howard Fertig, Nueva York, 1980; *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Schocken Books, Nueva York, 1981; y *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*, Howard Fertig, Nueva York, 1999.

Mosse, merecen ser destacadas las aportaciones de Renzo de Felice,¹² entre las que cabría incluir su monumental contribución al conocimiento de la figura de Mussolini, así como las reflexiones dedicadas a la capacidad del régimen fascista italiano para concitar el acuerdo o el respaldo mayoritario entre una extensa porción de la población italiana durante los años que discurrieron entre 1928 y 1936, aproximadamente. Diversas circunstancias ayudaron en aquel entonces a la conversión de Italia en una potencia internacional con un papel relevante en el concierto diplomático europeo del periodo de entreguerras. Todo ello, unido a las políticas sociales del régimen mussoliniano, a la difusión de una cultura de masas exaltadora de los valores de abnegado servicio a la Nación propalados por el fascismo, a la potenciación del liderazgo carismático de su jefe político, y a una mejora sustancial de los niveles salariales y de renta que benefició a las clases trabajadoras, pudo configurar una situación de generalizado consenso entre la población italiana con respecto a la naturaleza y la ideología del Estado fascista.¹³

Posteriores incursiones teóricas, enriquecidas por los aportes de la visión culturalista de los regímenes fascistas, condujeron a uno de los más destacados exponentes de las nuevas interpretaciones sobre el fascismo de entreguerras, Emilio Gentile, a llevar adelante un prometedor esfuerzo de síntesis conceptual, que hermanaba directamente a la dictadura mussoliniana con una nueva y revitalizada teorización sobre el totalitarismo.¹⁴ Ha sido sobre todo Gentile¹⁵ quien ha definido el fascismo como un “moderno fenómeno político ultranacionalista y revolucionario”, basado en el anti-liberalismo y el anti-marxismo y asentado sobre la implacable ejecutoria de un partido milicia con una concepción totalizadora de la política y el Estado. Para Gentile la ideología fascista se sustenta sobre una variada gama de mitificaciones exaltadoras de la Nación y su pasado glorioso, que la capacitan para suscitar el concurso generalizado de la sociedad en la realización de un titánico esfuerzo colectivo de regeneración y grandeza, dirigido por un Estado reverencial y sacralizado al tiempo que dotado de un proyecto transformador y totalitario.¹⁶

Además de todo lo anterior, la estrecha vinculación establecida por Gentile entre fascismo y totalitarismo le llevó a conferir al primero la categoría de expresión particulariza-

¹² Renzo de Felice, *Mussolini il Fascista. La Conquista del Potere, 1921-1925*, Einaudi, Turín, 1966; y del mismo autor: *Mussolini il Duce. Gli Anni del Consenso, 1929-1936*, Einaudi, Turín, 1974; Borden W. Painter, Jr., “Renzo de Felice and the Historiography of Italian Fascism”, *American Historical Review*, 95, 2 (1990), pp. 391-405.

¹³ Simona Colarizi, *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943*, Laterza, Bari, 2009 (segunda edición), pp. 104-110 y 139-144.

¹⁴ Emilio Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo stato nel regime fascista*, La Nuova Italia Scientifica, Roma, 1995; y *The Struggle for Modernity. Nationalism, Futurism, and Fascism*, Westport, Connecticut, Praeger, Londres, 2003.

¹⁵ Emilio Gentile, “Fascism as Political Religion”, *Journal of Contemporary History*, 25, 2-3 (1990), pp. 229-251; “Fascism in Italian Historiography: In Search of an Individual Historical Identity”, *Journal of Contemporary History*, 21, 2 (1986), pp. 179-208; y “Fascism, Totalitarianism and Political...”.

¹⁶ Mark Neocleous, *Fascism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997, pp. 53-58; Roger Griffin, “Revolution from the Right: Fascism”, en David Parker (ed.), *Revolutions and the Revolutionary Tradition in the West 1560-1991*, Routledge, Londres, 2000, pp. 185-201; Emilio Gentile, *Fascismo. Historia e Interpretación*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 24; Roger Griffin, *The Nature of Fascism*, Routledge, Londres & Nueva York, 1993, pp. 56-60; Aristotle A. Kallis, *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Routledge, Londres & Nueva York, 2000, pp. 28-31; Aristotle A. Kallis, “Fascism, ‘Charisma’ and ‘Charimatisation’: Weber’s Model of ‘Charismatic Domination’ and Interwar European Fascism”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7, 1 (2006), pp. 25-43, véanse especialmente las pp. 29-30; Aristotle A. Kallis, “Studying Inter-war Fascism in Epochal and Diachronic Terms: Ideological Production, Political Experience and the Quest for ‘Consensus’”, *European History Quarterly*, 34, 1 (2004), pp. 9-42, véanse especialmente las pp. 19 y 29-30 y del mismo autor: “The ‘Regime-Model’ of Fascism: A Typology”, *European History Quarterly*, 30, 1 (2000), pp. 77-104, p. 79. Véase también: Roger Eatwell, “The Concept and Theory of Charismatic Leadership”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7, 2 (2006), pp. 141-156.

da del experimento totalitario. En tal sentido, el fascismo es definido como una ideología con una ingente capacidad para suscitar la adhesión de las masas en torno a su proyecto totalitario de transformación integral del Estado liberal, un proyecto comprometido con la conducción de un programa revolucionario que, mediante la completa subordinación de la sociedad al Estado y el partido fascista, hiciese posible la regeneración integral de la Nación y la construcción de un orden inédito instalado sobre la gestación de un “hombre nuevo”. Los estados fascistas, en tanto que particulares expresiones del modelo de dominación totalitaria, se instalaron sobre una manifestación sacralizada de la política y de su particular proyecto ideológico palingenésico, persiguieron la homogeneización étnica y cultural de la Nación, e impusieron la absoluta subordinación de la sociedad al poder de un Estado encarnado en un partido-milicia, dotado de un programa profundamente antiliberal, regenerador y ultranacionalista.¹⁷ No obstante, las teorizaciones de Gentile sobre la religión política como elemento clave en la ordenación de los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras, y sus sugerentes elucubraciones sobre la ideología revolucionaria fascista, quizás pequen de un exceso de confianza. No cabe duda que Gentile ha puesto el adecuado énfasis en la presentación del fascismo como un fenómeno político radicalmente moderno, revolucionario y con una capacidad excepcional para suscitar la movilización y la adhesión política de las masas. Pero quizás sus valiosísimas reflexiones teóricas se instalen sobre una preocupante falta de comprobación empírica.

2. De regreso al escepticismo

Nuevas voces cargadas de escepticismo han vuelto a advertir, sobre todo desde mediados de la década de los noventa, acerca de la necesidad de medir con instrumentos adecuados el grado de implicación de la sociedad italiana en el proyecto totalitario puesto en marcha por el Estado fascista. No parece que la mera *estetización (aestheticization) de la política*¹⁸ y la construcción denodada de todo un complejo despliegue simbólico, literario, visual, artístico y representacional exaltador de un sentimiento colectivo de pertenencia a la Nación pudiese haber bastado para lograr la configuración de una imaginaria comunidad firmemente cohesionada. Tampoco conocemos hoy “a ciencia cierta” los efectos provocados sobre el estado de ánimo predominante entre la sociedad italiana por los esfuerzos del régimen mussoliniano por mejorar el bienestar, socializar el ocio o proporcionar a la población una amplia gama de servicios y prestaciones sociales que por primera vez habrían permitido el acceso masivo de las clases populares al consumo y el disfrute de distracciones, pasatiempos, manifestaciones artísticas o diversiones anteriormente reservadas a las minorías cultas o a las clases privilegiadas.¹⁹ Asimismo, las meras elucubraciones acerca del carácter sacralizado del Estado fascista y su ideología palingenésica difícilmente nos ayudan a entender mejor hasta dónde logró llevar el régimen mussoliniano sus pretensiones de disolución de las pretéritas culturas identitarias y los alineamientos de clase pro-

¹⁷ Emilio Gentile, *Politics as Religion*, Princeton University Press, Princeton & Oxford, 2006; Roger Griffin (ed.), *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*; Michael Burleigh, *Sacred Causes. The Clash of Religion and Politics from the Great War to the War on Terror*, Harper Collins, Nueva York, 2007; y “National Socialism as a Political Religion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 2 (2000), pp. 1-26.

¹⁸ Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, Berkeley, California University Press, Los Ángeles y Londres, 1997; Ruth Ben-Ghiat, *Fascist Modernities. Italy, 1922-1945*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles & Londres, 2001; Mabel Berezin, *Making the Fascist Self. The Political Culture of Interwar Italy*, Cornell University Press, Ithaca & Londres, 1997.

¹⁹ Victoria de Grazia, *The Culture of Consent. Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

venientes de la etapa liberal, o en qué medida pudo transformar las voluntades y las actitudes de los italianos, para convertirlos eficazmente en unos incondicionales defensores de sus ambiciones totalitarias.

Las aportaciones más recientes sobre las actitudes políticas y la opinión popular de los italianos durante el *ventennio fascista* nos invitan a observar la existencia de un panorama lleno de claroscuros. Si bien la dictadura mussoliniana logró hacer incursiones más que notables en la difusión de sus planteamientos ideológicos y obtuvo un probado éxito en la neutralización eficaz de las expresiones de disidencia política o de abierta oposición, no es menos cierto que queda aún por establecer hasta qué punto logró desvanecer completamente la persistencia de los rasgos culturales y políticos que definían la sociabilidad y la cosmovisión de las clases trabajadoras industriales, o de qué manera logró concitar, si es que lo hizo, un sentimiento más o menos unánime de aprobación en torno a sus proyectos totalitarios, teniendo en cuenta las dificultosas condiciones económicas sufridas por la población durante los años de la crisis económica de los treinta y el hundimiento de las expectativas suscitadas por el régimen en lo tocante a la mejora de los niveles de renta o el pleno empleo.²⁰

Algunos especialistas han insistido en que la perdurabilidad del régimen mussoliniano y la relativa quietud social sobre la que aquél se edificó deben mucho a la implementación de una profusa red de órganos policiales, servicios de inteligencia y cuerpos de vigilancia, que extendieron su capacidad de supervisión merced al empleo de medidas represivas ampliamente disuasorias y a la utilización de una ingente multitud de espías, confidentes y colaboradores cuya organización tentacular traspasó incluso las más impermeables fronteras de la privacidad y la íntima vivencia reclusa en el hogar, la taberna, el club social o la reunión de amigos. A las labores de control social eficazmente llevadas a cabo por los órganos policiales y represivos instaurados por el régimen fascista, habría que añadir las estrategias de gratificación a los colaboradores y de castigo a los desafectos. Dichas estrategias fueron puestas en práctica por la inconmensurable red de instrumentos de beneficencia pública y bienestar social fiscalizados desde un “Estado-patrón” asistido por el partido fascista, siendo gestionadas por las innumerables oficinas colocadas bajo su patronazgo que se ocuparon de la distribución de las ayudas sociales, la regulación de las contrataciones laborales o la administración de las subvenciones estatales.²¹ Junto a todo lo anterior, destacados especialistas como Paul Corner o R. J. B. Bosworth han insistido en el efecto devastador que para la opinión popular debieron provocar los innumerables escándalos reiteradamente escenificados entre las diferentes esferas de la administración fascista, la brutalidad con la que actuaron impunemente numerosos “arribistas” amparados por el partido, la venalidad de sus cuadros políticos, el ejercicio de la violencia practicado por muchos de aquéllos en su pugna por el desempeño del mando, así como las constantes diatribas y las sempiternas luchas por hacerse con el control de las administraciones regionales o los poderes locales entabladas entre los más destacados prebostes del fascismo en el poder y el funcionariado profesionalizado proveniente de la etapa *giolittiana*.²² Han sido

²⁰ Luisa Passerini, “Work Ideology and Consensus in Italian Fascism”, *History Workshop*, 8 (1979), pp. 82-108; y *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge y París, 1987.

²¹ Paul Corner, “Italian Fascism: Whatever Happened...”; Michael Ebner, “The Political Police and Denunciation during Fascism: a Review of Recent Historical Literature”, *Journal of Modern Italian Studies* (Review Essay), 11, 2 (2006), pp. 209-226; Jonathan Dunnage, “Surveillance and Denunciation in Fascist Siena, 1927-1943”, *European History Quarterly*, 38, 2 (2008), pp. 244-264; Mimmo Franzinelli, *Delatori. Spie e confidenti anonimi: l’arma segreta del regime fascista*, Mondadori, Milán, 2001.

²² Philip Morgan, “The Prefects and Party-State Relations in Fascist Italy”, *Journal of Modern Italian Studies*, 3, 3 (1998), pp. 241-272.

estos mismos especialistas quienes han advertido acerca del papel determinante ejercido por la represión policial, la propaganda y el control social en la consecución de una situación de más o menos generalizada, y en numerosas ocasiones fingida y pasiva, conformidad entre la población (aunque solamente fuese para eludir el peso de la marginación, la persecución o el castigo).²³ Esos mismos autores no han dejado de señalar la persistencia de actitudes de resistencia a las condiciones económicas de explotación en el trabajo, y al entramado político fascista erigido en defensa de los intereses de las tradicionales clases dominantes. Tales actitudes de rechazo podrían constatarse a través de las permanentes manifestaciones de la acción colectiva y la protesta expresada por algunos segmentos de la población trabajadora de las ciudades del norte industrial (sobre todo durante los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial), o entre los jornaleros y campesinos pobres de las regiones septentrionales de agricultura capitalista o del sur latifundista. La contumaz persistencia de específicas “culturas obreras de protesta”, junto a la promiscua mezcla de componentes culturales populares y/o tradicionales con los que la memoria de los trabajadores industriales resistió la aniquilación de sus pretéritos instrumentos de solidaridad o defensa, incluso desafiando los lenguajes totalitarios o burlándose socarronamente de los principios ideológicos fascistas, fueron manifestaciones prominentes de la continuidad de ciertas identidades sociales que nos permiten hablar, cuando menos, de la obstinada presencia de una ambigua, escéptica y recelosa actitud de los obreros y las clases populares frente al Estado fascista.²⁴ Asimismo ha sido ampliamente debatida por una parte de la historiografía reciente la circunstancia del permanente acato manifestado por los obreros industriales hacia los valores morales que definieron el “honor del trabajo cualificado” o hacia el potencial de dignificación contenido en el trabajo bien hecho como resultante de la cooperación colectiva, entendidos ambos como componentes sustanciales de su particular identificación identitaria. Ambas categorías éticas fueron concebidas por los obreros como componentes recurrentes y nunca definitivamente disueltos de sus específicas culturas socialdemócratas, sirviéndose de las mismas para configurar una adaptación táctica y eminentemente pragmática al nuevo orden fascista que les permitió salvaguardar eficazmente la esencia de sus más enraizadas identidades. Quizás los trazos orales y memorísticos nunca del todo extinguidos de la cultura obrera, tradicional y popular se erigieron en el soporte de un articulado basamento de experiencias y “cosmovisiones”, que permitió la emergencia entre las clases trabajadoras de una pragmática, soterrada y casi siempre simulada e interesada asunción de aquellos principios inspiradores de una nueva organización de la producción industrial auspiciados por el fascismo. Solamente así se podría entender mejor cómo, por ejemplo, la clase obrera turinesa respondió equilibradamente, y de una manera siempre funcional y adaptativa, a la permanente promoción desde el régimen mussoliniano de una nueva ordenación cuasi-fordista del trabajo industrial que precipitaba el debilitamiento de sus tradicionales solidaridades, socavaba el prestigio y la consideración colectiva alcanzada por los obreros mejor cualificados al tecnificar ciertas tareas o segmentar los procesos productivos, convirtiéndolos en acumulaciones rutinarias de funciones poco complejas que se sustraían al control ejercido por los obreros mejor preparados, o incre-

²³ Paul Corner, “Everyday Fascism in the 1930s: Centre and Periphery in the Decline of Mussolini’s Dictatorship”, *Contemporary European History*, 15, 2 (2006), pp. 195-222; “Fascist Italy in the 1930s: Popular Opinion in the Provinces”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 122-146; e “Italian fascism: organization, enthusiasm, opinion”, *Journal of Modern Italian Studies*, 15, 3 (2010), pp. 378-389. Consúltense asimismo las siguientes aportaciones de: R. J. B. Bosworth, “Everyday Mussolinism: Friends, Family, Locality and Violence in Fascist Italy”, *Contemporary European History*, 14, 1 (2005), pp. 23-43; “*Per necessità familiare*. Hypocrisy and Corruption in Fascist Italy”, *European History Quarterly*, 30, 3 (2000), pp. 357-387; y *Mussolini’s Italy. Life under the Dictatorship, 1915-1945*, Allen Lane, Nueva York & Londres, 2005.

²⁴ Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory*.

mentaba el aislacionismo individualista en el seno de aquellos colectivos de fábrica que anteriormente se profesaban un mutuo respeto y una elogiosa consideración.²⁵

LA ALEMANIA NAZI, 1933-1945²⁶

1. De las interpretaciones clásicas a la auscultación de los orígenes sociales del nazismo

Hasta bien entrada la década de los sesenta, predominaron en los análisis socio-políticos del Tercer Reich las interpretaciones de arriba-abajo y las visualizaciones esquemáticas e inmovilistas de la sociedad alemana sometida a sus dictados. Prevalció hasta entonces una historiografía sobre la dictadura hitleriana preocupada casi exclusivamente por destacar las características institucionales y altamente cohesivas del Estado nacionalsocialista y el inmenso poder de la ideología nazi a la hora de garantizar el sometimiento efectivo de la población. Sin embargo, este desalentador panorama comenzó a manifestar visibles síntomas de debilidad y resquebrajamiento cuando, desde mediados de la década de los 60, fueron alumbrados los primeros enfoques sobre los orígenes sociales del régimen nazi, comenzando a señalarse las complejas imbricaciones entre sus ambiciosos proyectos de “regeneración nacional” y los anhelos y frustraciones expresados por la sociedad alemana que sufrió directamente los efectos de la Gran Guerra y la derrota militar subsecuente. El énfasis puesto por los “nuevos historiadores del Tercer Reich” en la recreación de las fuerzas sociales y los particulares intereses colectivos que confirieron auténtico sentido, significación y respaldo a las políticas específicas del régimen nazi, insufló nuevos bríos a una corriente historiográfica alternativa, que denostaba las interpretaciones institucionalistas ensalzadoras de la omnímoda capacidad de la dictadura hitleriana y sus contundentes aparatos policiales para lograr el sometimiento absoluto de la sociedad.²⁷

Asimismo, desde la década de los sesenta asistimos al súbito derrumbe de las interpretaciones clásicas sobre el nazismo como totalitarismo derivadas de la ciencia política gestada en el marco de la Guerra Fría, y a su progresivo desmoronamiento como consecuencia tanto de la irrupción de una reinterpretación social del Tercer Reich,²⁸ como de la aparición de innovadoras corrientes historiográficas ocupadas en prestar una mayor atención a las dificultosas interacciones entre Estado y sociedad en la Alemania del periodo de entreguerras.²⁹

²⁵ Luisa Passerini, “Work Ideology and...”; Philip Morgan, “‘The Years of Consent’? Popular Attitudes and Forms of Resistance to Fascism in Italy, 1925-1940”, en Tim Kirk y Anthony McElligott (eds.), *Opposing Fascism. Community, Authority and Resistance in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 163-179.

²⁶ Para una visión global de las oscilaciones de la historiografía en torno a la cuestión del consentimiento prestado por la sociedad alemana a las políticas nazis, véase: Ian Kershaw, “Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some Reflections”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, 33-46 y Geoff Eley, “Hitler’s silent majority? Conformity and Resistance under the Third Reich” (part one), *Michigan Quarterly Review*, 42, 2 (2003), pp. 389-425.

²⁷ Martin Broszat, *The Hitler State. The Foundation and Development of the Internal Structure of the Third Reich*, Longman, Londres, 1981 (edición original en alemán: *Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 1969); Hans Mommsen, *Beamten-tum in Dritten Reich. Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1966; Hans Mommsen (ed.), *The Third Reich Between Vision and Reality. New Perspectives on German History, 1918-1945*, Berg, Oxford & Nueva York, 2001; Norbert Frei, *National Socialist Rule in Germany. The Führer State, 1933-1945*, Basil Blackwell, Oxford, 1993.

²⁸ David Schoenbaum, *Hitler’s Social Revolution. Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Doubleday, Nueva York, 1966; y Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971.

²⁹ Enzo Traverso, *El Totalitarismo. Història d’un debat*, Universitat de València, Valencia, 2002.



Entrada de las tropas nacionales en Madrid. 28 de marzo de 1939

2. La primacía de la Historia Social

Los años finales de la década de los sesenta y el comienzo de los setenta contemplaron una auténtica eclosión de nuevas aproximaciones al nazismo desde una Historia social superadora de los desgastados paradigmas interpretativos hasta entonces prevalecientes. Las sugerentes e innovadoras aportaciones de Martin Broszat y Hans Mommsen (por citar tan sólo a dos de sus más señeros artífices) sirvieron de alentador acicate. Tuvo lugar una descalificación en toda regla de las viejas teorizaciones totalitarias, procediéndose en consecuencia a la incardinación de los orígenes y el desarrollo del Estado Nazi en los impulsos provenientes de la sociedad y en las disputas sostenidas en su seno para dirimir los graves traumas y las profundas perturbaciones sociales y culturales gestadas tras la Gran Guerra.³⁰ El mencionado desmontaje desveló las incoherencias del corpus ideológico nacionalsocialista, enfatizó el proceso de radicalización y atomización que alcanzó a la mismísima cúpula del Estado hitleriano y denunció la incoherente aplicación de algunas decisiones políticas como consecuencia del desencadenamiento de un fenómeno *policrático*, originado por la incesante proliferación de fragmentadas instancias de poder y plasmado en el inevitable caos derivado de la superposición y el solapamiento entre diferentes jurisdicciones. Constatadas las deficiencias de la maquinaria policial y escrutadas las debilidades de un edificio institucional cercenado en su operatividad por la frecuente colisión competencial sostenida entre una miríada de núcleos de decisión dispersos y frecuentemente descoordinados, se hacía preciso destacar la decisiva importancia del liderazgo carismático de Hitler, así como la más que probable existencia entre la ciudadanía común de actitudes sociales de cooperación y complicidad con las autoridades nacionalsocialistas.³¹ A todo lo anterior le sucedió una rica tradición de estudios sobre los orígenes sociales del nazismo alemán y los apoyos electorales prestados al NSDAP, prolongadamente difundida a lo largo de las décadas de los sesenta, los ochenta y los noventa, y donde aparecían claramente esbozados los muy heterogéneos componentes de la sociedad alemana que se sintieron seducidos por las radicales propuestas de regeneración nacional difundidas por los nazis, al menos desde los decisivos años de la particular lucha de estos últimos por la conquista del Estado.³²

³⁰ Una aproximación reciente en: Alan Kramer, *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

³¹ Yoram Gorlizki y Hans Mommsen, "The Political (Dis)Orders of Stalinism and National Socialism", en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism*, pp. 41-86; Martin Broszat y Saul Friedländer, "A Controversy about the Historicization of the Third Reich", *New German Critique*, 44 (1988) (Special Issue on the Historikerstreit), pp. 85-126; Hans Mommsen, "Cumulative radicalisation and progressive self-destruction as structural determinants of the Nazi dictatorship", en Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 75-87; Ian Kershaw, "'Working Towards the Führer'. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship", *Contemporary European History*, 2, 2 (1993), pp. 103-118; Ian Kershaw, "Hitler and the Uniqueness of Nazism", *Journal of Contemporary History*, 39, 2 (2004), pp. 239-254; David Welch, "'Working towards the Führer': charismatic leadership and the image of Adolf Hitler in the Nazi propaganda", en Anthony McElligott y Tim Kirk (eds.), *Working Towards the Führer. Essays in Honour of Sir Ian Kershaw*, Manchester University Press, Manchester, 2003, pp. 93-117.

³² Michael M. Kater, *The Nazi Party. A social profile of members and leaders, 1919-1945*, Basil Blackwell, Oxford, 1983; Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford University Press, Oxford & Londres, 1971; William Sheridan Allen, *The Nazi seizure of power: the experience of a single German town, 1922-1954*, Quadrangle Books, Chicago, 1965; Thomas Childers, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1939*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1983; Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Barnes and Noble Books, Totowa, New Jersey, 1986; Jürgen W. Falter, "The Social Bases of Political Cleavages in the Weimar Republic, 1919-1933", en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics...*, pp. 371-398; Peter Fritzsche, *Rehearsals for fascism...*; Richard F. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1982; Detlef Mühlberger, *Hitler's followers. Studies in the sociology of the Nazi movement*, Routledge, Londres, 1990; Detlef Mühlberger, *The Social Bases of Nazism, 1919-1933*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003; William Brustein, *The Logic of Evil*.

Las preocupaciones historiográficas suscitadas por los nuevos enfoques en torno a los orígenes sociales del nazismo y las fórmulas empleadas por la dictadura hitleriana para promover un generalizado consentimiento entre la población hacia sus particulares propuestas de profunda reordenación nacional, posibilitaron la emergencia del denominado “proyecto Baviera”, iniciado en 1973 y preocupado por llevar a cabo un estudio exhaustivo de las actitudes sociales de la población alemana frente al nazismo.³³ La ejecución del mencionado proyecto condujo a la elaboración de un cuadro interpretativo que, si bien señalaba la gestación entre la población alemana de actitudes de consentimiento o sincera adhesión a los principios ideológicos del nazismo, también advertía de la existencia de múltiples expresiones de disidencia y desencuentro. Esto último se habría manifestado con especial relevancia en el seno de determinados grupos de interés o religiosos, así como entre numerosos segmentos de la población particularmente perjudicados por las políticas económicas implementadas por los nazis, en sus intentos de reconducción de la economía nacional con vistas a la potenciación de un vasto aparato militar habilitado para la guerra de conquista.

El señalamiento de amplias “zonas grises” entre la población que soportó la brutal implantación del nazismo se sustentó en la decisiva aportación del concepto de *Resistenz* acuñado por Broszat, quien sostenía la tesis de la casi impenetrable perdurabilidad, o la relativa impermeabilidad frente a la ideología nazi, atribuible a las culturas políticas socialdemócratas para explicar las actitudes renuentes o apáticas y las expresiones episódicamente conflictivas exhibidas por los trabajadores industriales cualificados durante casi todo el periodo de dominación del Tercer Reich. El referido concepto trataba de ponderar la incapacidad de las propuestas nazis a la hora de hacer efectiva la integración política de extensos colectivos de obreros industriales, profundamente impregnados de unas culturas de clase y unos referentes ideológicos e identitarios que fomentaban la solidaridad frente a la dominación patronal o exaltaban la dignidad colectiva del trabajo.³⁴ La “resistencia” de los obreros industriales al nazismo era entendida como una especie de soterrada refutación de sus específicas políticas sociales de integración en el nuevo orden. Un rechazo que si bien no se hacía explícito mediante sonoras, rotundas y organizadas acciones colectivas de protesta, no por ello dejaba de revelarse a través una silenciosa, descoordinada, subrepticia, pasiva y, en la mayoría de las ocasiones, individualizada contestación, que ponía abiertamente en entredicho el muy parcial éxito alcanzado por los objetivos y los postulados en materia de ordenación laboral impuestos desde el poder.

En los estudios sobre la opinión popular manifestada por los alemanes durante los años de apogeo del Estado Nacionalsocialista comenzó a señalarse la contradictoria coexistencia –manifestada en el modo de pensar y actuar de amplios segmentos de las clases

³³ Martin Broszat, Elke Fröhlich y Falk Wiesemann, *Bayern in der NS-Zeit* (6 volúmenes), Oldenbourg, Munich y Viena, 1977-1983.

³⁴ Martin Broszat, “A Social and Historical Typology of the German Opposition to Hitler”, en David Clay Large (ed.), *Contending with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich*, German Historical Institute y Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 25-33; Michael Geyer, “Resistance as Ongoing Project: Visions of Order, Obligations to Strangers, Struggles for Civil Society”, *The Journal of Modern History*, 64 (1992), S217-S241; Detlev J. K. Peukert, “Working-Class Resistance: Problems and Options”, en David Clay Large (ed.), *Contending with Hitler*, pp. 35-48; Timothy Kirk, *Nazism and the Working Class in Austria. Industrial Unrest and Political Dissent in the ‘National Community’*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996. Véanse además las siguientes aportaciones de: Timothy W. Mason, “National Socialism and the Working Class, 1925-May, 1933”, *New German Critique*, 11 (1977), pp. 49-93; *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the ‘National Community’*, Berg Publishers, Oxford, Providence, 1993 (edición original en alemán: *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Westdeutscher Verlag GmbH, Opladen, 1977); y “The Domestic Dynamics of Nazi Conquests. A Response to Critics”, en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Holmes and Meier, Teaneck, NJ, 1993, pp. 161-189.

medias protestantes rurales y urbanas— entre los sentimientos de sincera identificación ante algunas de las decisiones puestas en marcha por los nazis (especialmente aquellas que se dirigían a fortalecer la economía, a perseguir a los comunistas y los judíos o a realzar el prestigio de la nación en el exterior) y las actitudes de apatía, indiferencia o manifiesta contrariedad que despertaban otras iniciativas políticas (como, por ejemplo, el boicot a los negocios regentados por aquellos judíos con quienes esas mismas clases medias mantenían estrechos lazos comerciales, la persecución de las asociaciones de confesionalidad católica, o ciertas medidas de política económica que menoscababan la rentabilidad de las economías campesinas o perjudicaban la sustentabilidad de los modestos establecimientos comerciales). Pese a la señalización de la perdurabilidad de “culturas de clase” y “tradiciones de protesta” entre los trabajadores industriales más influidos por la socialdemocracia, algunos destacados especialistas en el estudio de las políticas laborales del nazismo acabaron admitiendo que, aun cuando el régimen del Tercer Reich nunca logró integrar definitivamente a la clase obrera industrial alemana y hubo de alterar sus planes de apremiante militarización de la economía ante el temor a sus hipotéticas e imprevisibles intolerancias, no es menos cierto que supo enjugar y neutralizar parcialmente, en beneficio propio, las inconveniencias causadas por su acendrada reluctancia. Esto último se debió al éxito parcial alcanzado por los nazis en lo tocante a la relativa desintegración de las “compactas identidades solidarias” esgrimidas por los trabajadores industriales, lograda mediante la racionalización de los procesos productivos, su inserción en una vasta sociedad de consumo y su generalizado acceso al disfrute de amplios servicios de recreo y ocio.³⁵ Así pues, la señalización de la disidencia colectiva e incluso de la protesta (aun cuando no expresada en su forma superior de oposición política organizada) constituyó un serio avance en la obtención de una visualización más ponderada en torno a las extremas contradicciones que siempre envolvieron las complejas relaciones entre el Estado Nazi y la sociedad alemana de los años treinta.³⁶

3. El protagonismo del individuo y las expresiones del “colaboracionismo”

Desde la década de los noventa se fueron haciendo perceptibles nuevas y estimulantes revelaciones historiográficas en torno a la opinión popular y las actitudes sociales de los alemanes y/o las alemanas³⁷ frente al nazismo. Algunas de ellas se vieron impulsadas

³⁵ Timothy W. Mason, *Social Policy in the Third Reich*; Mary Nolan, “The Historikerstreit and Social History”, *New German Critique*, 44 (Special Issue on the Historikerstreit) (1988), pp. 51-80; Timothy W. Mason, “The Containment of Working Class in Nazi Germany”, en Jane Caplan (ed.), *Nazism, Fascism and Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

³⁶ Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich. Bavaria, 1933-1945*, Clarendon Press, Oxford University Press, Oxford & Nueva York, 1983; y *The “Hitler myth”. Image and Reality in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford & Nueva York, 1987.

³⁷ Resulta muy controvertida la interpretación historiográfica sobre la actitud o el posicionamiento de las mujeres frente a las políticas nazis. Toda una dilatada y sugestiva tradición de estudios ha oscilado entre el señalamiento del papel benefactor cumplido por la mujer en el nazismo —sobre todo a la hora de propiciar la gestación de un ambiente dulcificado en el hogar que contribuiría a que los perpetradores de las atrocidades impuestas por el régimen se reconciliaran consigo mismos—, hasta la revalorización de la importancia desempeñada por las asociaciones específicamente femeninas diseñadas por la dictadura nazi y la actividad desarrollada por las mujeres en la esfera pública. Véanse, entre otras muchas aportaciones, las siguientes: Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, Jonathan Cape, Londres, 1987; Adelheid von Saldern, “Victims of Perpetrators? Controversies about the Role of Women in Nazi Germany”, en David F. Crew (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, Routledge, Londres & Nueva York, 1994, pp. 141-165; y Jill Stephenson, *Women in Nazi Germany*, Pearson Education Limited, Harlow, Essex, 2001.

por el auge de la historia cultural. Otras muchas se sintieron espoleadas y animadas por las teorizaciones que enfatizaron la capacidad contenida en los discursos simbólicos e interpretativos de la realidad gestados desde las ideologías totalitarias o fascistas para suscitar una particularizada modelación de las conductas individuales, o para forjar cosmovisiones potencialmente inductoras de actitudes personales de sincera adhesión. El interés en ascenso por comprender los móviles que inducían a los individuos a incorporar de una manera íntima los preceptos ideológicos fundamentales emanados de los regímenes totalitarios o fascistas, condujo a la eclosión de una auténtica oleada de nuevos estudios, que emplearon las fórmulas de la delación y la denuncia practicada por los ciudadanos comunes contra los considerados “desafectos”, como elementos probatorios del alto grado de identificación expresado por muchos de aquéllos con los valores morales y los principios políticos defendidos por los sistemas totalitarios a los que se hallaban sometidos.

Puede decirse que desde los años noventa se produjo un nuevo movimiento pendular hacia una reinterpretación de los respaldos sociales disfrutados por la dictadura nazi. Son dignas de destacar las muy esclarecedoras aportaciones de Robert Gellately y Eric A. Johnson acerca de la “relativa descoordinación” y la supuesta ineficacia de las fuerzas policiales y los servicios de inteligencia nazis, complementadas con el énfasis puesto en el determinante papel cumplido por la colaboración de los ciudadanos comunes en el señalamiento y la inculpación de quienes eran reputados como opositores o manifestaban una conducta atentatoria contra el orden moral y político oficialmente establecido. La brillante argumentación que prevalece en sus trabajos quizá incitase al alumbramiento de una nueva exégesis sobre la función desempeñada por los ciudadanos comunes en la cotidiana prestación de una desinteresada y eficaz asistencia al personal profesionalizado de la Gestapo o las SS, especialmente en todo lo relacionado con la persecución de los judíos, los calificados como “enemigos de la nación alemana”, los considerados “asociales” o quienes eran inculpados de participar activa o pasivamente en la preparación de actos subversivos y en el sostenimiento de expresiones de pública y manifiesta disidencia.³⁸

Los trabajos reseñados quizás nos ayudaron a pensar que, en alguna medida, durante el periodo de vigencia del régimen nazi la mayoría de los ciudadanos alemanes se espiaba mutuamente. Hasta tal punto que la instrumentación de la sospecha generalizada, en beneficio de las medidas policiales de vigilancia, generó un amplio consenso entre el común de

³⁸ Robert Gellately, *Backing Hitler. Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 2001; *The Gestapo and German society. Enforcing racial policy, 1933-1945*, Clarendon Press, Oxford University Press, Oxford & Nueva York, 1990; “Situating the ‘SS. State’ in a Social-Historical Context: Recent Histories of the SS, the Police, and the Courts in the Third Reich” (Review Article), *The Journal of Modern History*, 64, 2 (1992), pp. 338-365; “Denunciation in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and German Democratic Republic”, *The Journal of Modern History* (Special Issue: Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989), 68, 4 (1996), pp. 931-967; “Surveillance and Disobedience: Aspects of the Political Policing of Nazi Germany”, en Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (eds.), *Germans Against Nazism. Nonconformity, Opposition and Resistance in the Third Reich. Essays in Honour of Peter Hoffmann*, Berg, Nueva York & Oxford, 1990, pp. 15-36 y “Police Justice, Popular Justice, and Social Outsiders in Nazi Germany. The Example of the Foreign Polish Workers”, en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton University Press, Princeton & Oxford, 2001, pp. 256-272; Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, “Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance”, en David F. Crew (ed.), *Nazism and German*, pp. 166-196; Robert Gellately, “The Gestapo and German Society: Political denunciation in the Gestapo case files”, *The Journal of Modern History*, 60, 4 (1988), pp. 654-695; Francisco Miguel de Toro Muñoz, “Policía, denuncia y control social: Alemania y Austria durante el Tercer Reich”, *Historia Social*, 34 (1999), pp. 117-134; Eric Arthur Johnson, *Nazi Terror. The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, Basic Books, 1999; Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933-1939*, Harper Collins, Nueva York, 1997; Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately (comps.), *Accusatory practices. Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, University of Chicago Press, Chicago, 1997.

la ciudadanía en torno a la oportunidad, y el carácter beneficioso, de la colaboración con el régimen en la aplicación estricta de las medidas de excepción y las leyes represivas —especialmente las que afectaban a los judíos.

La credibilidad en constante ascenso experimentada por la historiografía ensalzadora de la potencialidad de la dictadura nacionalsocialista para suscitar el compromiso o la identificación con sus propuestas de ordenación totalitaria entre la mayor parte de la sociedad alemana propició, a lo largo de los años 90, incluso el socavamiento de la pasada fe profesada al muy fértil concepto de *Resistenz*. En tal sentido, llegó a invocarse la posibilidad de que las políticas sociales y laborales del nazismo, unidas a las nuevas expectativas de empleo generadas por el impulso de la industria armamentística y la propagación del consumo de masas, se convirtieran en poderosas herramientas empleadas por el régimen del Tercer Reich para lograr una exitosa desactivación de las identidades colectivas y las prácticas conflictivas todavía persistentes entre los trabajadores industriales cualificados. Según estos innovadores puntos de vista, a través del Frente Alemán del Trabajo (DAF) el Tercer Reich habría logrado un apreciable éxito en la difusión entre los obreros de la industria de nuevos entramados de valores productivistas entronizados en la potenciación de las cualidades individuales, e instalados sobre la glorificación de la tarea “bien hecha” al servicio de la comunidad nacional, la gratificación selectiva, la racionalización de los procesos de trabajo, la modernización técnica, el progreso material y el bienestar individual. De esta manera se habría contribuido, al menos supuestamente, a la atomización de sus pretéritas identidades solidarias, allanando así el camino hacia su integración política y cultural en el seno del nuevo régimen.³⁹

4. *Un variopinto panorama de luces y sombras*

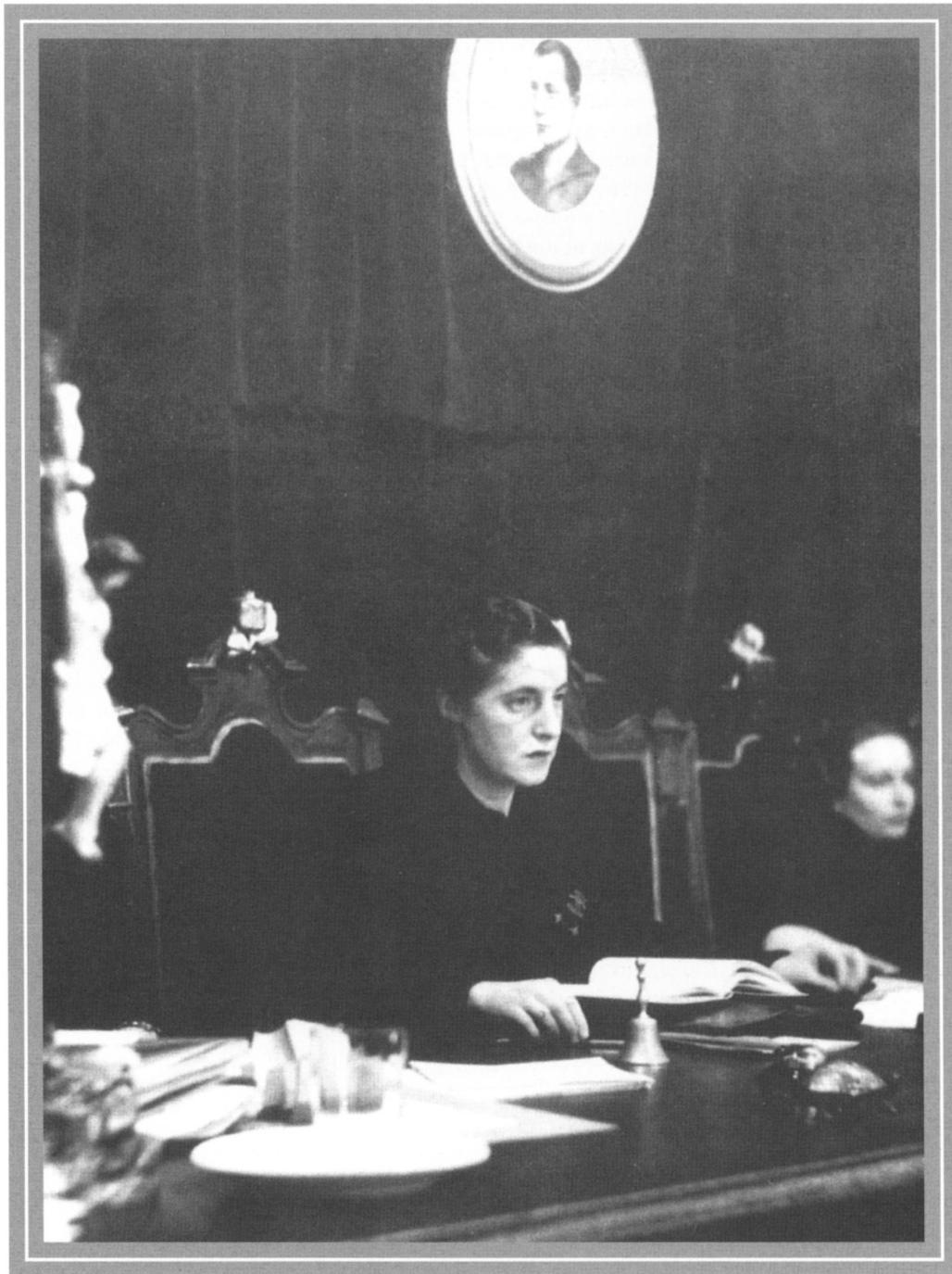
El complaciente paisaje historiográfico pergeñado por las aportaciones de Gellately o Johnson, entre otros, fue sometido a un severo criticismo desde mediados de la década de los noventa. Parece ser que desde entonces los historiadores han querido reflexionar sobre la brillante ejecutoria mostrada por los órganos policiales en la consecución de un clima social de generalizada sumisión al poder del Estado nacionalsocialista, o sobre la eficiencia con que fueron aplicadas las rigurosas medidas de vigilancia implementadas por los servicios de inteligencia o las instancias policiales y sus rotundas repercusiones sobre el aniquilamiento de aquellos comportamientos o actitudes visiblemente desviados de la disciplina social impuesta por el Tercer Reich.⁴⁰

Aun así, las voces que reclaman para el Tercer Reich el reconocimiento de su indiscutida capacidad para suscitar una generalizada actitud de pasivo acatamiento entre la población alemana han regresado a la palestra de los debates historiográficos. Debe ponerse

³⁹ Alf Lüdtke, “The ‘Honor of Labor’: Industrial Workers and the Power of Symbols under National Socialism”, en David F. Crew (ed.), *Nazism and German*, pp. 67-109; Alf Lüdtke, “What Happened to the ‘Fiery Red Glow’? Workers’ Experiences and German Fascism”, en Alf Lüdtke (ed.), *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1995, pp. 198-251; Mary Nolan, “Rationalization, Racism, and *Resistenz*: Studies on Work and the Working Class in Nazi Germany”, *International Labor and Working-Class History* (Review Essay), 48 (1995), pp. 131-151; Shelley Baranowski, *Strength through Joy. Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

⁴⁰ Ian Kershaw, “Consensus, Coercion and...”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 36-37; Mary Nolan, “Antifascism under Fascism: German Visions and Voices”, *New German Critique*, 67 (1996) (Legacies of Antifascism), pp. 33-55; Geoff Eley, “Hitler’s Silent Majority? Conformity and Resistance under the Third Reich” (part two), *Michigan Quarterly Review*, 42, 3 (2003), pp. 550-583.

Foto de Torres Molina (Agencia Efe)



Pilar Primo de Rivera presidiendo el Consejo, 1940

un especial énfasis en las reveladoras aportaciones de Ian Kershaw en torno a la función desempeñada por los alemanes comunes en la persecución de los judíos, con la consiguiente superación del “relativamente estéril” debate Goldhagen.⁴¹ De la misma manera que resulta obligatorio dirigir la mirada hacia la reciente recapitulación hacia posturas historiográficas mucho más mesuradas, ocupadas en reflexionar acerca del displicente consentimiento con que los alemanes percibieron la puesta en práctica de los planes de exterminio de los judíos y la pasiva y casi generalizada aquiescencia con que la sociedad germana percibió e interiorizó los excesos provocados por las directrices orientadas hacia su programada y sistemática persecución.⁴² Parece claro que la mayor parte de la historiografía reputadamente sería de los últimos años, encargada del estudio de las actitudes mostradas por los alemanes ante las tareas de exterminio racial desplegadas por los nazis, destila un amplio acuerdo acerca de la “descuidada complicidad” exhibida por la mayor parte de la población no judía en torno a tales prácticas persecutorias. Pese a todo, la precedente aseveración no ha restado credibilidad a algunas recientísimas aportaciones, que porfían muy documentadamente en el señalamiento del papel activo jugado por numerosos alemanes en la reclamación a las autoridades nazis de una actuación más contundente respecto a la exclusión de los judíos y su absoluta discriminación social y política.⁴³ Sea como fuere, las posiciones últimamente defendidas por los especialistas en la materia sostienen que la machacona insistencia con que los nazis difundieron su particular concepto racial de Nación y la extremada minuciosidad con la que a lo largo de los años treinta se propagó entre la población un robusto discurso antisemita —inspirado en una larga tradición cultural exaltadora de los fundamentos étnicos y biológicos de la nación germánica y condimentado con seductoras teorizaciones pseudocientíficas—⁴⁴ contribuyeron a que la mayor parte de la sociedad alemana mostrase una actitud de comedia y relajada indiferencia y complicidad ante las “leyes de Núremberg”, el boicot dirigido contra los negocios regentados por los judíos o su persecución y sistemático acoso una vez que se generalizaron, desde 1939 en adelante, las decisiones encaminadas hacia su definitivo y absoluto exterminio.⁴⁵ Por consiguiente, y pese a que la mayor parte de la población alemana no semita debió conocer con más o menos detalle los actos de programada aniquilación llevados a cabo por el Estado sobre la comunidad judía, el común de los ciudadanos parece que se mantuvo ajeno a la ejecución de tales prácticas, adoptó una actitud de silencioso consentimiento y se mostró tíbicamente conforme con las mismas, sin que esto último significase la exhibición de aparatosas señales de entusiástico respaldo ni la pública manifestación de una consciente y explícita actitud de auxilio activo o estentóreo aplauso respecto de todas ellas.⁴⁶

Asimismo, resulta de obligatoria referencia la emergencia, registrada a lo largo de la década de los 90 y en los comienzos del siglo XXI, de toda una plétora de sólidas investiga-

⁴¹ Gavriel D. Rosenfeld, “The Controversy That Isn’t: The Debate over Daniel J. Goldhagen’s *Hitler’s Willing Executioners* in Comparative Perspective”, *Contemporary European History*, 8, 2 (1999), pp. 249-273; A. D. Moses, “Structure and Agency in the Holocaust: Daniel J. Goldhagen and His Critics”, *History and Theory*, 37, 2 (1998), pp. 194-219.

⁴² Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler’s Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Little, Brown and Company, Londres, 1996; Ian Kershaw, *Hitler, the Germans*.

⁴³ Otto Dov Kulka, “Popular Opinion in Nazi Germany as a Factor in the Policy of the ‘Solution of the Jewish Question’: The Nuremberg laws and the *Reichskristallnacht*”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 81-106.

⁴⁴ Alejandro Andreassi Cieri, “Antecedentes del genocidio nazi: una genealogía del pensamiento biopolítico en la Alemania Guillermina”, *Historia Social*, 66, 1 (2010), pp. 99-117.

⁴⁵ Omer Bartov, “Defining Enemies, Making Victims: Germans, Jews, and the Holocaust”, *American Historical Review*, 103, 3 (1998), pp. 771-816.

⁴⁶ Panikos Panayi, “Victims, Perpetrators and Bystanders in a German Town: The Jews of Osnabrück Before, During and After the Third Reich”, *European History Quarterly*, 33, 4 (2003), pp. 451-492.

ciones ocupadas de demostrar el triunfo incuestionable alcanzado por el Estado hitleriano en la forja de un concepto de “comunidad del pueblo” fundamentado sobre la esencia racial de la nación germánica, y aquilatado mediante la señalización del carácter letal y amenazante atribuido al bolchevismo o al judaísmo.⁴⁷ Muchas de las mencionadas investigaciones se han empeñado en señalar las positivas implicaciones de tan exitosa recreación simbólica sobre las actitudes de colaboracionismo, las muestras de acatamiento expresadas por la mayoría de la población, o los procesos culturales de brutalización experimentados por los soldados al servicio de la *Wehrmacht* o de los “batallones de exterminio”; resaltando las consecuencias derivadas de todo ello en lo relacionado con las políticas de aniquilamiento de los judíos, o en lo concerniente al expansionismo militarista y la puesta en marcha de una guerra de exterminio contra los países reputados como “enemigos históricos de la nación alemana”.⁴⁸

Los frecuentes vaivenes dibujados por los enfoques historiográficos sobre las actitudes sociales y la opinión popular de los alemanes bajo el nazismo no han impedido que vuelvan a aflorar visiones más comedidas, instaladas sobre una especie de nuevo escepticismo que recoloca a los actores sociales y políticos en un lugar más acorde con lo que debieron ser las auténticas relaciones, siempre conflictuales y contradictorias, entre el Estado Nazi y la sociedad alemana de los años treinta y cuarenta. Se ha hecho hincapié en la dificultad para medir el auténtico estado de ánimo de la población durante los años de dominio del Tercer Reich, y desde luego se ha puesto el acento en la existencia de múltiples focos de contestación y discrepancia. Véanse, en tal sentido, las recientes aportaciones de Kershaw,⁴⁹ que contrastan con el equilibrado balance analítico desplegado por Fritzsche.⁵⁰ Para este último, la capacidad modeladora de las actitudes individuales contenida en el concepto seminal de *comunidad del pueblo* (*Volksgemeinschaft*), y la influencia decisiva de las políticas sociales nazis a la hora de forjar toda una vasta amalgama de sentimientos de autoidentificación con los valores éticos y culturales de exaltada germanidad difundidos por el Estado nazi, acabaron facilitando el desencadenamiento entre multitud de individuos de complicados procesos reflexivos, encaminados a la resolución de íntimas con-

⁴⁷ Omer Bartov, “Social Outcasts in War and Genocide”, en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus, *Social Outsiders*, pp. 294-318.

⁴⁸ Michael Burleigh y Wolfgang Ippenmann, *The Racial State. Germany, 1933-1945*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991; Michael Burleigh, *The Third Reich. A New History*, Hill and Wang, Nueva York, 2000; Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2003; Omer Bartov, *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 1992; y del mismo autor: “The Missing Years. German Workers, German Soldiers”, en David F. Crew (ed.), *Nazism and German*, pp. 41-66; “The Conduct of War: Soldiers and the Barbarization of Warfare”, *The Journal of Modern History* (Supplement: Resistance Against the Third Reich), 64 (1992), S32-S45; y “Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich”, *The Journal of Modern History*, 63, 1 (1991), pp. 44-60; Alf Lüdtke, “The Appeal of Exterminating ‘Others’: German Workers and the Limits of Resistance”, *The Journal of Modern History* (Supplement: Resistance Against the Third Reich), 64 (1992), pp. S46-S67; Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Harper Collins, Nueva York, 1992; *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000; Christopher R. Browning y Lewis H. Siegelbaum, “Frameworks for Social Engineering: Stalinist Schema of Identification and the Nazi *Volksgemeinschaft*”, en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism*, pp. 231-265.

⁴⁹ Ian Kershaw, *Hitler, the Germans*; y “Consensus, Coercion and...”, capítulo citado, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*.

⁵⁰ Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*; Andrew Stuart Bergerson, *Ordinary Germans in Extraordinary Times. The Nazi Revolution in Hildesheim*, Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 2004; John Connelly, “The Uses of *Volksgemeinschaft*: Letters to the NSDAP kreisleitung Eisenach, 1939-1940”, *The Journal of Modern History* (Special Issue on Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989), 68, 4 (1996), pp. 899-930.

tradiciones morales e ideológicas. Tales procesos se saldaron, en numerosísimas ocasiones, mediante la precipitación decantada de recios compromisos de adhesión consciente a las propuestas nacionalsocialistas de engrandecimiento nacional o de profunda regeneración política y social.

Sin embargo, frente al énfasis puesto en la capacidad de seducción y de homogeneización de los comportamientos y las actitudes sociales atribuible al concepto de *Volksgemeinschaft*, las conclusiones de Fritzsche han sido severamente matizadas. Nuevas voces críticas han sido evocadas gracias a la exhaustiva consulta de ricos y, hasta hace bien poco, relativamente inexplorados repertorios documentales, o recurriendo al empleo de sugerentes enfoques metodológicos. Según algunos de los mencionados planteamientos críticos, a lo largo de casi todo el periodo de dominio nazi, pero de manera particularizada en medio de las difíciles condiciones de supervivencia derivadas del extenuante esfuerzo bélico desplegado por el Tercer Reich desde 1939, el campesinado intermedio de numerosas zonas rurales, fuertemente imbuido del tradicional apego a sus inveteradas prácticas de supervivencia y defensa de la economía familiar, permaneció inmune a las altisonantes soflamas, y a las casi siempre huera invocaciones al altruismo y el espíritu de la *comunidad del pueblo*, insistentemente proferidas por los nazis. Ese mismo campesinado mostró de manera reiterada una actitud de abierta desconfianza o rechazo explícito frente a las constantes requisas y constricciones al libre mercado llevadas a cabo por las autoridades en detrimento de sus ya muy mermados recursos productivos. Todo parecer indicar que durante casi todo el periodo de dominio del Tercer Reich, la inveterada defensa llevada a cabo por el campesinado familiar de sus tradicionales valores culturales y sus ancestrales fórmulas de supervivencia económica –instaladas sobre el comunitarismo y la solidaridad vecinal– lo convirtieron en un particular segmento de la población rural tozudamente renuente a la imposición de las doctrinas ideológicas y los preceptos políticos propalados por la dictadura hitleriana, a los que juzgaba como absolutamente contrapuestos con la pervivencia de sus más enraizadas prácticas sociales.⁵¹ Las más recientes interpretaciones críticas sobre la potencialidad de las políticas nazis para suscitar un alto grado de consentimiento entre la población se han visto perspicazmente sazonadas con los brillantes juicios de Götz Aly, ocupados en desentrañar las consecuencias derivadas de los actos de rapiña y expolio llevados a cabo por las fuerzas nazis de ocupación durante la Segunda Guerra Mundial sobre las economías de los países sometidos al dominio militar del Tercer Reich. Dichos actos de expolio generalizado de los recursos y las disponibilidades monetarias y crediticias de las zonas y los países europeos “conquistados” por la “bota nazi” se vieron complementados con toda una vasta gama de medidas de ingeniería financiera y presupuestaria, orientadas a garantizar la preservación de elevados niveles de renta y consumo entre la población alemana o a revertir los efectos inflacionarios ocasionados por el desmesurado crecimiento del sector armamentístico alemán sobre las cuentas públicas y los recursos hacendísticos de los Estados despojados. La conformación de un vasto imperio económico de dimensiones continentales, como el gestionado por las autoridades nazis, arrojó como principal resultado la conformación de un ingente entramado geográfico de saqueo sistemático de los recursos de buena parte de Europa a beneficio de los soldados de la *Wehrmacht* y sus más

⁵¹ Jill Stephenson, *Hitler's Home Front. Württemberg under the Nazis*, Hambledon Continuum, Nueva York & Londres, 2006; “Popular Opinion in Nazi Germany: Mobilization, Experience, Perceptions: The View from the Württemberg Countryside”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 107-121; “Nazism, Modern War and Rural Society in Württemberg, 1939-45”, *Journal of Contemporary History*, 32, 3 (1997), pp. 339-356; “‘Emancipation’ and his Problems: War and Society in Württemberg, 1939-45”, *European History Quarterly*, 17 (1987), pp. 345-365; y “‘Resistance’ to ‘No Surrender’: Popular Disobedience in Württemberg in 1945”, en Francis R. Nicosia y Lawrence D. Stokes (eds.), *Germans Against Nazism*, pp. 351-367.

directos familiares o allegados. De esta manera se lograba el abastecimiento suficiente de la población alemana, garantizándole, de paso, un más que satisfactorio nivel de vida. Asimismo, mediante tales estrategias, el régimen se aseguraba la germinación en el seno de la sociedad alemana de un elevado grado de aprobación en torno a sus políticas expansivas y militaristas.⁵²

LA RUSIA ESTALINISTA, 1928-1939⁵³

1. *El arrinconamiento de las viejas concepciones en torno al totalitarismo soviético y la llegada del “revisionismo”*

La historiografía en torno al totalitarismo estalinista ha experimentado un decisivo giro hermenéutico a lo largo de las últimas décadas. Han sido progresivamente arrinconadas las rancias interpretaciones de “arriba-abajo”, que incorporaban acríticamente los paradigmas en torno a los rasgos del totalitarismo definidos por los analistas políticos anti-comunistas de la etapa de la Guerra Fría. Los rígidos planteamientos analíticos y reveladoramente ahistóricos que definieron el totalitarismo como una estructura de poder sistémica (y no como una experiencia de dominación política históricamente condicionada), aparecían contenidos de una forma acabada en la clásica obra de Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski,⁵⁴ y lo concebían como una sólida estructura estatal monolítica, perenne e inmutable, capaz de perpetuarse indefinidamente e imposibilitada para transformarse, que sometía brutalmente a la sociedad impidiendo toda expresión de disidencia y que únicamente podía ser aniquilada o destruida mediante el concurso de fuerzas o presiones externas. Para esta visión inmovilista del totalitarismo (que señalaba a la dictadura soviética como su más depurada y quintaesenciada manifestación), la arrolladora eficacia dictatorial reunida por las devastadoras moles políticas encarnadas en el nazismo y el estalinismo estribaría en el uso implacable que aquellas siempre hicieron de una ideología impregnada de poderosos componentes quiliásticos, que se hallaba inoculada hasta en los más íntimos rincones de la vivencia social gracias a la acción de un partido único implacablemente dirigido por un dictador carismático.⁵⁵ Estas interpretaciones arquetípicas postulaban de manera implícita la indisoluble y paralizante incapacidad de la sociedad para articular respuestas más o menos organizadas con las que contrarrestar el poder omnímodo de los estados totalitarios bajo los que se hallaba sojuzgada. La sociedad era vista, de acuerdo con tales exégesis, como una víctima atemorizada por el terror impuesto desde el Estado, o como una criatura abnegada, ideológicamente narcotizada o amputada en sus capacidades para reaccionar frente al poder absoluto de las dictaduras fascistas o comunistas.

En los años ochenta se inició una etapa de profunda renovación historiográfica en los estudios sobre el largo periodo de dominio estalinista previo a la Segunda Guerra Mun-

⁵² Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries*; Mark Mazower, *Hitler's Empire. Nazi Rule in Occupied Europe*, Penguin Press, Nueva York, 2008; Richard J. Evans, *The Third Reich at War, 1939-1945*, Allen Lane, Nueva York, 2008; y Adam Tooze, *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Allen Lane, Londres & Nueva York, 2006.

⁵³ Para una visión panorámica de los cambiantes planteamientos de la historiografía reciente en torno a la opinión popular de la sociedad soviética durante el periodo estalinista previo a la Segunda Guerra Mundial, véase: Sheila Fitzpatrick, “Popular Opinion in Russia under Pre-war Stalinism”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 17-32; y David L. Hoffmann (ed.), *Stalinism. The Essential Readings*, Oxford, Blackwell Publishing, Malden, 2003.

⁵⁴ Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Harvard University Press, Cambridge, 1956.

⁵⁵ Enzo Traverso, *El Totalitarismo*.

dial. Puede hablarse de una posición auténticamente “revisionista”, que contradecía las supuestas verdades del discurso predominante de calificación del totalitarismo soviético como una especie de Leviathan, inexorablemente capacitado para llevar a efecto una permanente e indefinida reproducción a la vez que sólidamente construido sobre una granítica estructura de poder centralizado.⁵⁶ Las investigaciones llevadas a cabo por un nutrido grupo de investigadores como Sheila Fitzpatrick, J. Arch Getty, Roberta T. Manning o Gábor T. Rittersporn (por mencionar tan sólo a unos pocos), ahondaron en una perspectiva más globalizada de la sociedad soviética de los años treinta. Muy atentas a la señalización de los componentes de dinamismo social presentes en la evolución de la economía estalinista sometida a los primeros planes quinquenales puestos en marcha a lo largo de los años treinta, las entonces novedosas miradas dirigidas por Fitzpatrick hacia la emergencia de un nuevo estrato de trabajadores cualificados, especializados y beneficiados por las corrientes de ascenso social que puso en marcha la industrialización forzosa, dibujaron un panorama social muy diferente al bosquejado por las “rancias interpretaciones” de la politología y la sociología funcionalista provenientes de la etapa de la Guerra Fría.⁵⁷

Para Fitzpatrick, al igual que para otros destacados especialistas, las necesidades experimentadas por el estado soviético para configurar una nueva “intelligentsia” de origen proletario, así como una nueva clase de técnicos, ingenieros y personal cualificado apto para cumplimentar las demandas del nuevo proceso industrializador, generaron un inusitado dinamismo social que estimuló el ascenso, la mejora notable de las condiciones de vida y las expectativas de negociación social de un importante estrato de población joven, urbana y profundamente imbuida de los principios ideológicos del marxismo-leninismo. Esta poderosa corriente de promoción social capacitó a la nueva clase emergente de trabajadores cualificados, y a la pujante “intelligentsia” cuidadosamente educada por el propio régimen, para llevar adelante una suerte de pactada transacción de sus específicas aspiraciones con los órganos del partido bolchevique y los poderes estatales, mermando así la supuesta omnipotencia exhibida por estos últimos en la ejecución de sus ortodoxos principios ideológicos.⁵⁸

Junto a todo lo anteriormente expuesto, las nuevas sensibilidades historiográficas, preocupadas por desentrañar las capacidades atribuibles a los totalitarismos de entreguerras para suscitar entre la población diferentes expresiones de adhesión hacia sus postulados ideológicos, estimularon el afloramiento de algunas brillantes reflexiones. En el panorama de los nuevos estudios sobre las actitudes de la población durante la etapa de implantación de la dictadura estalinista cobró una decisiva importancia la atención presta-

⁵⁶ David D. Roberts, *The Totalitarian Experiment*, pp. 250-261; J. Arch Getty y Roberta T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1931-1939*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1999; J. Arch Getty, “‘Excesses Are Not Permitted’: Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s”, *Russian Review*, 61, 1 (2002), pp. 113-138; Gábor T. Rittersporn, “New Horizons: Conceptualizing the Soviet 1930s”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, 2 (2001), pp. 307-318.

⁵⁷ Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge University Press, Cambridge & Nueva York, 1979; y *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

⁵⁸ Sheila Fitzpatrick, “Culture and Politics under Stalin: A Reappraisal”, en *Slavic Review*, 35, 2 (1976), pp. 211-231; “Cultural Revolution in Russia, 1928-1932”, en *The Journal of Modern History*, 9, 1 (1974), pp. 33-52; “New Perspectives on Stalinism”, en *Russian Review*, 45, 4 (1986), pp. 357-373; “Revisionism in Retrospect: A Personal View”, en *Slavic Review*, 67, 3 (2008), pp. 682-704 y “Stalin and the Making of a New Elite, 1928-1939”, en *Slavic Review*, 38, 3 (1979), pp. 377-402. Véase también: Sheila Fitzpatrick, “Introduction”, en Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism*, pp. 1-14; y David Priestland, *Stalinism and the Politics*, pp. 244-303.

da al contenido de las denuncias, las quejas o las súplicas elevadas por los ciudadanos soviéticos ante las autoridades para dar cuenta de las apremiantes carencias padecidas en la vida cotidiana, inculpar a quienes reputaban como contraventores de la disciplina oficialmente establecida, vituperar a los alejados de la ortodoxia oficial, o delatar a los cuadros dirigentes del bolchevismo o a los responsables de la colectivización agrícola que se comportaban de una manera abusiva y contraria a los principios éticos del comunismo. Si bien una ingente cantidad de actos de delación –o de puesta en conocimiento de irregularidades o abusos practicados desde distintas instancias de la administración política– puede ser considerada probatoria de la proliferación, entre individuos de diferente condición social, de actitudes de enfervorizado acatamiento a los postulados ideológicos del régimen, no es menos cierto que tales “*señales desde abajo*” deben ser asimismo identificadas como la particularizada gestación de “fórmulas privilegiadas de comunicación con las esferas del poder”, disfrazadas tras una falsa sumisión tendente a la obtención de prebendas o a la interesada negociación con “los de arriba”.⁵⁹

La incorporación de nuevos utillajes teóricos llevó a una parte de la reciente historiografía a impregnarse de las nuevas sensibilidades culturalistas y lingüísticas de la historia postsocial, rescatando la importancia de los procesos culturales y sociales de construcción de la identidad personal gestados en las experiencias totalitarias del siglo xx. Esto último, y la apertura de los archivos secretos de la extinta Unión Soviética, inclinó a los nuevos historiadores a centrar su atención en el grado de intensidad o el alcance con que el universo simbólico y discursivo construido por el comunismo llegó a impregnar la mentalidad de extensas capas de la población trabajadora, hasta el extremo de hacerlas partícipes del empleo compartido de una particularizada “civilización bolchevique” con la que evocar la realidad y el mundo circundantes. Para estas todavía recientes sensibilidades historiográficas, el régimen estalinista habría alcanzado logros más que meritorios en sus pretensiones por afianzar las metas del desarrollo económico mediante el despliegue de una abundante iconografía y un profuso universo simbólico, destinados a ensalzar una utopía revolucionaria, modernizante y aseguradora del progreso y el bienestar entre extensos conjuntos de las clases obreras y populares. Mediante la referida estrategia, la dictadura estalinista habría conseguido que buena parte de esas mismas clases trabajadoras interiorizasen tales mensajes en su vida cotidiana, empleándolos como medios seguros y fiables de intercomunicación e interacción con el Estado, o auxiliándose con ellos en la rutinaria escenificación de su más o menos franco acatamiento del régimen totalitario.⁶⁰ Aproximaciones más recientes a la potencialidad contenida en la ideología comunista y los aparatos propagandísticos de la dictadura estalinista para operar una auténtica reconstrucción de los procesos mentales empleados por los individuos en la íntima percepción de la realidad y en la permanente edificación de su propia identidad personal, han llevado a algunos historiadores a marcar las tintas sobre el grado de profunda interiorización con que muchos de aquellos mismos individuos hicieron suyos los preceptos ideológicos oficialmente difundidos desde el poder. Esta subjetiva asunción de los modelos de comportamiento ortodoxamente definidos en el corpus revolucionario que inspiraba la ideología oficial del régimen habría

⁵⁹ Vladimir A. Kozlov, “Denunciation and its Functions in Soviet Governance: A Study of Denunciations and their Bureaucratic Handling from Soviet Police Archives, 1944-1953”, *The Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), pp. 867-898; Sheila Fitzpatrick, “Signals from Below: Soviet Letters of Denunciation of the 1930s”, *The Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), pp. 831-866; y “Suplicants and Citizens: Public Letter-Writing in Soviet Russia in the 1930s”, en *Slavic Review*, 55, 1 (1996), pp. 78-105. Véase también: Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately (eds.), *Accusatory practices*.

⁶⁰ Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles & Londres, 1995; y “Modern Times: The Soviet Union and the Interwar Conjunction”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, 1 (2001), pp. 111-164.

Istituto Luce



El Duce en Foggia

llevado a multitud de individuos a protagonizar una íntima, denodada y, en ocasiones, dramática lucha interior por garantizar la escrupulosa adecuación de sus conductas y estrategias vitales con los preceptos morales y los fundamentos ideológicos que pavimentaron el proyecto revolucionario defendido por el régimen soviético.⁶¹

2. *Un paisaje multicolor*

Sin embargo, un empleo mucho más medido y sistemático de las fuentes disponibles para el estudio de la opinión popular de los ciudadanos soviéticos bajo el estalinismo llevó a algunos valiosos investigadores a mostrarnos un panorama algo menos “esperanzador” que el recién relatado. Reaccionando al paisaje extremadamente complaciente pergeñado por el “revisiónismo”, y previniendo acerca de la excesiva autonomía otorgada a la sociedad soviética por los estudios centrados en el análisis de la movilidad social registrada en la Rusia estalinista de los años treinta, los trabajos de Sarah Davies, la propia Sheila Fitzpatrick, Lynne Viola o Hiroaki Kuromiya –instalados sobre la auscultación exhaustiva de las fuentes policiales de la OGPU o de la NKVD o sobre el manejo de los innumerables informes oficiales que relataban el estado de ánimo de la población frente a las políticas estalinistas–, han dibujado un horizonte mucho más pesimista.⁶² Según Davies, Fitzpatrick o Viola, las fuentes oficiales de carácter policial muestran a una amplia masa de integrantes de la clase trabajadora y campesina⁶³ difícilmente seducida por la machacona propaganda irradiada desde el régimen, a la vez que perceptiblemente refugiada en actitudes de resistencia pasiva, fingida sumisión o mero conformismo taticista.⁶⁴ Tales actitudes de

⁶¹ Jochen Hellbeck, *Revolution on my Mind*; “Liberation from Autonomy: Mapping Self-Understandings in Stalin’s Time”, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*, pp. 49-63; “Fashioning the Stalinist Soul: the Diary of Stepan Podlubnyi, 1931-9”, en Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism*, pp. 77-116; “Working, Struggling, Becoming: Stalin-Era Autobiographical Texts”, *Russian Review*, 60, 3 (2001), pp. 340-359; “Speaking Out: Languages of Affirmation and Dissent in Stalinist Russia”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 1, 1 (2000), pp. 71-96. Véase asimismo: Irina Paperno, *Stories of the Soviet Experience*; Mark Edele, “Soviet Society, Social Structure, and Everyday Life. Major Frameworks Reconsidered”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 8, 2 (2007), pp. 349-373; Igal Halfin, “Looking into the Oppositionist’s Souls: Inquisition and Communist Style”, *Russian Review*, 60, 3 (2001), pp. 316-339; Igal Halfin, *From Darkness to Light: Class, Consciousness, and Salvation in Revolutionary Russia*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 2000; Irina Paperno, “Personal Accounts of the Soviet Experience”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 3, 4 (2002), pp. 577-610; y Choi Chatterjee y Karen Petrone, “Models of Selfhood and Subjectivity: The Soviet Case in Historical Perspective”, *Slavic Review*, 67, 4 (2008), pp. 967-986.

⁶² Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin’s Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997; Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*; Steve Smith, “Russian Workers and the Politics of Social Identity”, *Russian Review*, 56, 1 (1997), pp. 1-7; Lynne Viola, “Popular Resistance in the Stalinist 1930s: Soliloquy of a Devil’s Advocate”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 1, 1 (2000), pp. 45-69; Lynne Viola (ed.), *Contending with Stalinism. Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Cornell University Press, Ithaca & Londres, 2002; y Hiroaki Kuromiya, *Stalin’s Industrial Revolution. Politics and Workers, 1928-1932*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

⁶³ Sheila Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Oxford University Press, Nueva York & Oxford, 1994; Lynne Viola, *Peasants Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford University Press, Nueva York & Oxford, 1996; y de la misma autora: “The Peasant Nightmare: Visions of Apocalypse in the Soviet Countryside”, *The Journal of Modern History*, 62, 4 (1990), pp. 747-770 y “Bab’i Bunty and Peasant Women’s Protest during Collectivization”, *Russian Review*, 45, 1 (1986), pp. 23-42; Peter Fritzsche, “On the Subjects of Resistance”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 1, 1 (2000), pp. 147-152; Moshe Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power. A Study of Collectivization*, Allen and Unwin, Londres, 1968; y del mismo autor: *The Making of the Soviet System. Essays in the Social History of Interwar Russia*, New Press, Nueva York, 1994.

⁶⁴ David Shearer, “Workers, Revolution, and Stalinism”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 12, 1 (2011), pp. 227-248.

dudoso acatamiento aparecieron difusamente murmuradas a través de la burla subrepticia o la larvada ridiculización de los principios ideológicos del comunismo oficial que subyacían en sus más íntimas representaciones mentales, lingüísticas y simbólicas de la realidad social. Muchas de esas mismas actitudes se manifestaron implícitamente verbalizadas en el reiterado empleo de unas categorías lingüísticas y discursivas que delataban la señalización de un permanente antagonismo entre un “nosotros” y un “ellos”, significativo de la imagen dual y jerarquizada que debió impregnar la particular y profundamente escéptica vivencia de la dictadura soviética revelada por la mayor parte de los grupos sociales señalados. Además, la gestación por parte de la dictadura estalinista de rígidos patrones de adscripción clasista, y la taxonómica determinación de identidades colectivas consideradas potencialmente perniciosas, amenazantes o antisoviéticas, obligaron a una ingente multitud de individuos a reorientar sus credenciales vitales, escenificando una adhesión más o menos pragmática y frecuentemente fingida respecto a los valores sociales atribuidos a las clases declaradamente revolucionarias, de acuerdo, al menos, con los nuevos códigos morales y culturales oficializados por el régimen. Todo ello provocó que una innumerable cantidad de individuos procediese a efectuar una remodelación de la trayectoria social de sus identidades individuales, incorporando a sus particulares “historias de vida”, de una manera artera, sesgada o interesada, las oportunas justificaciones identitarias y los certificados de pertenencia social necesarios para alcanzar su adscripción a aquellas clases sociales consagradas como indiscutiblemente revolucionarias por el poder. Junto a la generalización de la impostura y la falsedad en la adscripción identitaria o clasista que predominó entre amplios segmentos de la población, persistieron con sorprendente contumacia las actitudes de falso acatamiento, pretextadas en la cotidiana pugna por la subsistencia o encaminadas a la obtención de privilegios o sinecuras. Tales estrategias vitales se vieron vehiculizadas, pese a todo, a través de la entrelazada, sutil y esquiva utilización de fórmulas lingüísticas, mentales o simbólicas que no cesaban en representar y designar la realidad social y política de la dictadura estalinista como una vivencia de opresión y dominio.⁶⁵ No obstante, resulta de todo punto imposible detectar la existencia de actitudes o bien declaradamente partidarias del régimen estalinista o bien absolutamente contrapuestas a su voluntad de dominación totalizadora. Habría que señalar, pues, la permanente constatación de una difusa y variable gama de tonalidades grises, conformada por un cúmulo de expresiones contradictorias y ambivalentes que llevarían a los individuos a compatibilizar el rechazo y la indiferencia mostrados hacia determinadas políticas con la adhesión instrumental e interesada, o el respaldo pragmático y tibiamente sincero, manifestado hacia otras.⁶⁶

Podría afirmarse, pues, que las cambiantes percepciones gestadas por la historiografía de las últimas décadas, centrada en el estudio de las relaciones entre sociedad y Estado en la Rusia estalinista del periodo de entreguerras, han descrito un auténtico movimiento pendular. Quizás las oscilantes y titubeantes posturas sostenidas acerca de la capacidad del régimen para suscitar un amplio y generalizado acuerdo entre la población se han visto sintetizadas en la magna recopilación de testimonios e impresiones memorísticas recientemente llevada a cabo por Orlando Figes.⁶⁷ Pues parece probado que, pese a que la dictadura soviética alcanzó fundamentales logros durante los años treinta en todo lo concerniente

⁶⁵ Sarah Davies, “‘Us against them’: Social Identity in Soviet Russia, 1934-41”, *Russian Review*, 56, 1 (1997), pp. 70-89; Sheila Fitzpatrick, “Ascribing Class: the Construction of Social Identity in Soviet Russia”, *The Journal of Modern History*, 65, 4 (1993), pp. 745-770; *Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Princeton University Press, Princeton & Oxford, 2005; y *Everyday Stalinism*.

⁶⁶ Jan Plamper, “Beyond Binaries...”, capítulo citado, en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion*.

⁶⁷ Orlando Figes, *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, Metropolitan Books, Nueva York, 2007.

a la asunción por parte de amplias capas de la sociedad de los nuevos valores del colectivismo y la fe en el progreso, forjando todo un denso entramado de actitudes favorecedoras de la colaboración activa con el régimen en el esfuerzo conjunto por la construcción de una nueva sociedad utópica inspirada en los principios del marxismo y la revolución comunista, también contribuyó a cosechar un constante afloramiento de innumerables expresiones personalizadas de descontento, insatisfacción, resignación o simple acomodación ficticia a los cánones ideológicos que sostuvieron el proyecto totalitario estalinista.